





Pensar el Oriente antioqueño

Pensar en el Oriente antioqueño es pensar en sus pueblos, claro; en Rionegro y Marinilla, tan en el centro, tan en la historia, y también en San Luis y San Francisco, en Nariño y Argelia, en Concepción y Alejandría, en Abejorral y Sonsón, y como las fronteras son inventos arbitrarios, a veces, sin darnos cuenta, también pensamos en Santo Domingo y en San Roque, en Puerto Triunfo y hasta en nuestra florecida tierra Santa Elena.

Pensar en el Oriente antioqueño es pensar en sus corregimientos: en Río Verde de los Henaos, en la pétrea Danta y la calurosa La Sierra, en Pantanillo y en El Guaico, en Aguas Claras, en La Esperanza, La Madera, Santa Inés y Santa Rita; pensar en Santa Ana, en San José de La Ceja o en Mesopotamia; también, cómo no, en Puerto Venus y en El Jordán, en Puerto Garza y en El Prodigio, en Corrientes, en Alto de las Sabanas, en San Julián y en Aquitania.

Pensar en el Oriente antioqueño es pensar en una inmensa sabana, verde de todos los colores, como diría Aurelio Arturo, que parece que se tiembla, se hamaca, entre dos puntales muy altos: el Páramo de Sonsón y el Alto de San Miguel, allá en Alejandría, desde donde se divisan los embalses de San Lorenzo, San Rafael y San Roque y muchas montañas que van a morir luego al Magdalena Medio. También podría decirse que se hamaca desde su punto más alto hacia el sur en el Alto de Las Palmas o Santa Elena y va hasta otra punta más al oriente, en el Cerro El Castrellón, allá en San Luis.

Pensar en el Oriente es pensar en sus ríos, en especial en ese que le da nombre y que es como el espinazo donde confluyen varias vértebras: ese río que primero es Negro, ¡vaya nombrecito!, que nace entre El Retiro y La Ceja y luego riega con sus aguas a Rionegro, divide a Marinilla de San Vicente y de El Peñol y enseguida se entrega plácido y sereno en el embalse de El Peñol, y sus aguas pesadas se convierten en delgada y correntosa energía eléctrica, y enseguida como que emerge, renace y va escurriéndose desde el embalse hacia abajo y pasa por los límites de Concepción y de Alejandría, y allá recibe las aguas de su quebrada Nudillales, del río San Pedro, de la quebrada Coco Frío, de San Miguelito, de la quebrada La Pava y San Lorenzo, y luego va a morir al Magdalena.

Pensar en el Oriente antioqueño es pensar en una historia épica, amplia en hechos y en personajes, antes de la Colonia, cuando pertenecíamos a la provincia de Mariquita, y también hablar de cómo muchos personajes hicieron parte de las luchas de independencia y lucharon por ciertas reivindicaciones, quizás un poco adelantadas a su tiempo. Cómo no mencionar a José María Córdova, a sus hermanos y a tantos otros personajes, como Simona Duque, quien entregó sus hijos a la guerra, o Javiera Londoño, quien liberó a los primeros esclavos. Pensar en el Oriente antioqueño es hablar de otros personajes muy interesantes que, además de Córdova, han sido hitos en la historia de Colombia: los arzobispos Vicente Arbeláez y Juan Manuel González, los presidentes Roberto Urdaneta Arbeláez y Juan de Dios Aranzazu. Hablar del Oriente es hablar de intelectuales como Baldomero Sanín Cano o Ricardo Rendón. Hablar del Oriente antioqueño y sus luchas es hablar de cierta rebeldía que se manifestó desde el Movimiento Comunero, o de muchas otras luchas que se han dado, porque, a lo largo de la historia, el Oriente antioqueño siempre ha sido parte de las grandes decisiones de la vida nacional. Con decir que en el Oriente se firmó una de las tantas constituciones, la cual, aunque fue calificada por Rubén Darío como Constitución para ángeles, en su momento fue definitiva en el desenvolvimiento de los Estados Unidos de Colombia. Hablar del Oriente es, en fin, hablar de su Movimiento Comunero, que dos siglos después se transformó en Movimiento Cívico.

Dejando un poco las nostalgias y las épicas, hablar del Oriente antioqueño es hablar de contrastes. El Oriente es nuestro país a escala. Colombia, tan diversa, tan distinta, tan distante de sí misma, puede casi que resumirse en lo que somos en el Oriente antioqueño. O viceversa. Se dice que está habitado por 700.000 almas, todas tan variopintas, todas tan distintas, de las cuales el 60%, unas 400.000, vive en zonas urbanas y parece querer apeñuscarse solo en media docena de pueblos.



El Oriente y sus contrastes, donde sus habitantes tienen una calidad de vida “digna” solo superada por el Valle de Aburrá, entendida esta dignidad como vivienda, empleo, salud, seguridad social, las mismas condiciones que escasean en sí mismas, pues pueblos, aquí mismo, ven que el 17% de su población aún es pobre y su media es inferior a la del departamento, pues aún carecen de lo mínimo: acceso a alcantarillado, a educación y aseguramiento en salud... algo de lo que no debería estarse hablando en este momento, en pleno siglo XXI y en esta región tan rica en recursos naturales. Región, pues, de contrastes, pues hay que decir que, mientras que en Rionegro, La Ceja y Guatapé se vive mucho mejor que en el resto del departamento, en nuestros vecinos Nariño y San Francisco viven con muchas desventajas si se comparan con la mayoría de los antioqueños. Tremenda brecha por cerrar, pues mientras que en Guatapé solo el 6% de la población es pobre, en Nariño y San Francisco la tasa supera el 41%.

Claro que, por aquellas paradojas de la vida, dicen que en Guatapé, con todo y embalse, se sufrirá pronto de escasez de agua, y en aquellos pueblos el agua abunda y redunda entre sus bosques húmedos.

Pensar en el Oriente, esta región donde aún hay municipios tan carentes como Argelia, Nariño o Alejandría, que todavía no alcanzan niveles para subsistir en la mayoría de sus gentes y también como entidades administrativas y que, sin embargo, es una de las regiones más competitivas de Colombia.

Pensar en el Oriente antioqueño es pensar en su agricultura, en tantos campesinos laboriosos que aún nos regalan el sustento, no solo a los de aquí sino también a los de allá y más allá. Desde el Oriente antioqueño sale comida para Medellín y para la Costa Atlántica, donde las tierras cálidas no permiten que se cultive lo que aquí parece maleza. Hablo de la papa, del tomate chonto, de la zanahoria, de la caña. Y ni qué decir del aguacate hass y del café, que se van a hacer la vida más placentera a regiones del mundo ni siquiera imaginadas. El Oriente tan diverso, con sus suelos, es una ventaja y aquí hay puntos como el Cerro Las Palomas, en Sonsón, donde puede producirse papa, frijol y café, y zonas tan calientes como El Prodigio o La Sierra, donde pueden cultivarse a gran escala el plátano, la yuca y, en medio, las flores, como las hortensias que alegran la vista, perfuman el alma y dan sustento a tantos, pues 99 de cada 100 de estas rotundas flores colombianas se cultivan en el Oriente.

El Oriente produce el 80% de los tomates que nos comemos en Antioquia y el 51% de los hass que disfrutamos en la comida, también con los frijoles que producimos en gran cantidad en esta región de Colombia.

El Oriente antioqueño es el canto de los sinsontes, el vuelo multicolor de los barranqueros y las guacamayas, el siseo *serpentoso* de las víboras o la parsimonia de las boas, el telar geométrico y sedoso –casi imperceptible– de las arañas y los pasos de trueno de los búfalos y los hipopótamos, el aleteo de las picudas, el carnoso y rosado cuerpo de las tilapias y el sabor de las cachamas. Este Oriente antioqueño que parece que no necesitara más que su fauna para alegrarse y alargarse la vida dando rienda suelta a sus sentidos.

Pensar en el Oriente antioqueño es tratar de no evadir ciertos momentos difíciles, en especial esos de los años 90 y de principios de este siglo, en que el conflicto armado, con todos sus actores, se enseñoreaba contra su población civil cuando fuimos víctimas de las riquezas, porque tras el agua, tras los grandes proyectos que había en esta región, llegaron todos los grupos armados a querer tomárselo y, en medio de esa disputa por un territorio, por unas riquezas que eran de nosotros, fueron nuestros mejores hombres, nuestros campesinos, nuestros obreros, nuestros líderes los que llevaron la peor parte. Claro que, con el paso de los años, la situación ha ido mejorando, porque ha surgido esa grandeza, ese empeño de muchos y muchas por no irse, porque este Oriente está poblado de grandes dirigentes que lo han hecho importante, pero también de mujeres humildes, tesoneras, que cuando mataron a sus hombres, a sus hijos, no quisieron irse y siguieron aquí para demostrar que algún día volveríamos a ser lo que siempre fuimos.

Ahora bien, quizá no pueda hablarse del Oriente antioqueño. Quizás el verbo que hay que utilizar es evocar, o recordar, enternecer... enternecerse; vanagloriar, vanagloriarse; quizá pensar, pensarlo. Pensar en el Oriente antioqueño es pensar en una región que es más que la suma de más de una veintena de municipios o el asiento, el suelo verde de todas sus tonalidades, o ese aire contenido o viajero, prístino, a veces suave, a veces pesado, o el cielo de cobalto que arropa a 700.000 habitantes, y que ha sido continente de dos o tres millones que, a lo largo de siglos –milenarios, quizá–, se han asentado en esta parte del territorio.

Pensar en el Oriente es pensar en esa tierra donde vivieron nuestros “titarabuelos”, de algunos, o los abuelos de otros que salieron de algunas regiones de la provincia de Antioquia, luego del departamento, y fueron poblando poco a poco esta región. Algunos se quedaron después de que pasó el esplendor del oro y vivieron el esplendor de otros cultivos, y se quedaron aquí pese a las dificultades de esta tierra, a la aridez de sus suelos, a lo escarpado de sus montañas, a la bravura blanca de sus fuentes desbarrancándose entre los bosques, a los fríos de su páramo o a los calores





tropicales en las riberas de sus principales ríos, mientras serpentean por sus sabanas.

Pensar en el Oriente es pensar en esa región donde muchos pasamos nuestra niñez maravillándonos, mientras disfrutábamos de los juegos y la vida sin temores, con esos arboles que veíamos esconderse detrás de las montañas del Valle de Aburrá, o las del suroeste de Antioquia, o las de allende las fronteras.

Pensar en el Oriente es pensar en los recuerdos de unas mocedades alegres, casi ingenuas hasta hace unas décadas, cuando la mayor felicidad era ir a caminar por los parques del pueblo, a chuparse un mango, un mamoncillo o unas ciruelas y luego tirarle las pepas al que estuviera más desprevenido, o pensar en esas calles estrechas, faldudas casi todas, pedregosas tantas de ese Oriente, donde tuvimos nuestro primer beso, nuestro primer amor, el primer porro, el primer cigarrillo, la primera copa de licor, el primer paseo al charco...

El Oriente, pues, no es una franja de tierra que pisamos, sino un pedazo de nuestra propia esencia, que tenemos todos en la mente, guardado donde se guarda lo más importante, y cuando nos mencionan "Oriente antioqueño", los que pasamos nuestros primeros años allí (aquí) pensamos es en todos esos momentos hermosos cuando jugamos los primeros picaditos de fútbol, cuando disfrutamos de ese tercer tiempo, el más importante del fútbol, y entre cerveza o bolis nos hicimos hinchas del Nacional, del Medellín, del Rionegro, de los Leones de Oriente o de sus Águilas, cuando nos enorgullecíamos con las escapadas de los escarabajos: Roberto Hoyos, Juan Diego Ramírez, Reynel Montoya, Abelardo Ríos y, más recientemente, Sergio Luis Henao, Fernando Gaviria, Cristian Montoya. Y nos enorgullecíamos sabiendo que los habíamos visto por los altos y los descensos de Marinilla, de San Vicente, de Alejandría, de La Ceja, de El Carmen de Viboral.

Pensar en el Oriente donde jugó Iván Ramiro Córdoba y, hasta hace poco, Andrés Salazar, integrante de la selección Colombia Sub-21, y también Catalina Usme, estrella de la Selección Colombia femenina de fútbol.

Pensar en el Oriente es pensar en una región, en unos pueblos, en unas veredas, en unas primeras zambullidas tímidas en las aguas frías de su represa, en unas primeras escapadas a las cascadas de sus ríos y quebradas.

Pensar en el Oriente, pues, es pensar en esta tierra donde empezamos a ser de alguna parte y donde nuestros vecinos, con sus logros deportivos, culturales y académicos, nos han dado motivos para sentirnos tan orgullosos, y donde la identidad y la personalidad fueron templándose.



Por eso, aunque muchos se han ido –nos hemos ido–, nos lo hemos llevado con nosotros, porque el Oriente antioqueño es un pedazo grande de nostalgia, de recuerdos, de momentos que casi todos los que somos de aquí tenemos aferrados en algún rincón del alma.



Pensar en el Oriente antioqueño, ese que antes de las divisiones se alargaba hasta el Magdalena o se iba detrás del Nare hasta el Nordeste, es pensar en Cornare. Y hay quienes hasta los *sinoniman*. Y vaya si sus vidas van paralelas: porque Cornare es fruto de las luchas de las gentes por apropiarse de su territorio; Cornare estuvo en los días más negros para sus gentes y fue la presencia del Estado en muchas zonas; también ha luchado por que ese presente tan inequitativo mejore y está comprometido, cómo no, con el futuro de todas las especies.

Cornare también está colmada de gente que ama-sueña-evoca-piensa-respira... y traspira esta región que está aferrada en todos.

Cornare también piensa a este Oriente antioqueño. Y lo planea.

